

Barba-Jacob para hechizados

C861

B228b Barba-Jacob, Porfirio, 1883-1942
Barba-Jacob para hechizados / selección
y notas de Jaime Jaramillo Escobar . - -
Medellín; Biblioteca Pública Piloto, Alcaldía de
Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana,
Concejo de Medellín, 2005
Fondo Editorial BPP, vol. 121
132 p.
ISBN: 958-9075-95-9

© 2005

Alcaldía de Medellín
-Secretaría de Cultura Ciudadana
Concejo de Medellín
Biblioteca Pública Piloto
de Medellín para América Latina

Asesor del proyecto:

Juan Diego Mejía,
Secretario de Cultura Ciudadana

Coordinación editorial:

Gloria Inés Palomino Londoño
Directora General BPP

Diseño: José Gabriel Baena

Judith Arango Jaramillo

Revisión: Jaime Jaramillo Escobar

Preprensa e impresión:

Servigráficas S.A.
Envigado

Biblioteca Pública Piloto
de Medellín para América Latina
Cra 64 No 50-32
Tel. 230 24 22
E-mail: comunicaciones@bibliotecapiloto.gov.co

Barba-Jacob para hechizados

Selección y notas:
Jaime Jaramillo Escobar



Alcaldía de Medellín

Compromiso de toda la ciudadanía

Secretaría de Cultura Ciudadana



**Biblioteca Pública Piloto
de Medellín para América Latina**

La publicación de esta obra ha sido posible gracias al convenio número 4800000457 celebrado entre el Municipio de Medellín, la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín en cumplimiento al Acuerdo No. 047 de 2003 del Concejo de Medellín. Sus 750 ejemplares serán distribuidos de manera gratuita a bibliotecas públicas, casas de la cultura e instituciones educativas.



Porfirio Barba-Jacob por Gabriel Ramirez. (Pluma-cuasicollage-1973).

Preámbulo fastidioso

I

Contiene este volumen cincuenta (50) poemas de Porfirio Barba-Jacob, entre ellos algunos breves, pero no cortos de vista. La primera parte consta de veinte (20) títulos, elección crítica del tiempo. La segunda ofrece treinta (30) textos necesarios para completar la imagen de una obra que resulta imposible separar de su autor, o reducirla con criterios académicos. La cifra redondeada obedece a una elemental técnica editorial.

Diversos antólogos han dado a conocer sus preferencias: la Academia Antioqueña de Historia, en 1973, fija en sólo diez (10) “sus mejores poesías”. Juan Bautista Jaramillo Meza, en vida del autor, escoge doce (12) para su conocida biografía. Andrés Holguín, en “Antología crítica de la poesía colombiana”, selecciona quince (15). Juan Gustavo Cobo Borda sube luego a diecisiete (17). Manuel Mejía Vallejo, en la revista “Universidad de Medellín”, número 40, página 343, asegura que “el tiempo rescatará veinte (20) cantos suyos”. Y Simón Latino incluye cuarenta y seis (46) en el segundo número de sus populares cuadernillos. En cuanto a obras completas, Rafael Montoya y Montoya compila noventa y seis (96), y Fernando Vallejo encuentra ciento veinte (120). En ambos casos se debe restar uno (*El retorno*),

cuyo autor, según Juan Roca Lemus (Rubayata), es José Longas Isaza. No sólo éste, sino también Leopoldo De la rosa y otros, siguieron el estilo de Barba-Jacob, que fue una marca de época. Inimitable en esencia, pero posible en apariencia. El pastiche ha perseguido aún a León de Greiff, más difícil que Barba-Jacob.

Barba-Jacob es repetitivo en palabras melifluas y reiterativo en ideales quiméricos que, al mezclarse con dramáticas interjecciones, producen un efecto desconcertante, muy atractivo al salir de la adolescencia hacia un mundo que se intuye peligroso y maligno. Ocurre también en Fernando Vallejo: una ternura agresiva. Probablemente, un exceso de amor. La ética, que por estas fechas no se puede emplear en Colombia, porque no es de recibo, revierte en cultos satánicos, ya que el Diablo recibe todo lo que le den. Pero nada es nuevo: Fernando Vallejo anota que Barba-Jacob estuvo empeñado siempre en alimentar una leyenda negra y demoníaca en torno a su persona.

Dar pábulo a raras consejas es un procedimiento publicitario muy efectivo, y en consecuencia utilizado por toda clase de artistas: lo aprovecharon Gonzalo Arango y Raúl Gómez Jattin, y los llamados poetas y escritores malditos, que siguen siendo ídolos de la despistada juventud colombiana.

En los talleres de poesía se rehúsan los temas religiosos, así sean históricos o artísticos, y se prefiere a los poetas malditos, término que ejerce una atracción irresistible.

Explico que la leyenda de poetas malditos es un truco editorial que se traduce en ventas. No lo creen, porque lo que en otro tiempo fue urgencia espiritual es ahora necesidad de malos ejemplos para justificar conductas. Quienes sólo buscan el vicio en el poeta no tienen nada que ver con la poesía. Lo que quieren es un compinche prestigioso. Eso han hecho con Andrés Caicedo. Si el futuro de estos escritores está en sus fanáticos de hoy, nada les espera.

Lo que más sorprende en Barba-Jacob no son los pocos poemas en que se deshonorra, sino su fundamental aspiración de dignidad humana, redimido por la poesía, así sea a través del sufrimiento. Al autor de “Saint Genet”, Barba-Jacob le hubiera parecido un arcángel. Escribe Alberto Restrepo (nombre genérico) en la revista “Universidad de Medellín”, número 40, página 354: “Barba-Jacob, hijo de una época sacudida por relativismos morales, estéticos y filosóficos, no pudo estar nunca satisfecho sin unos valores éticos y estéticos absolutos”.

A la gran mayoría de las personas les gusta creer cosas increíbles, para demostrar su buena fe. Si no se las proporcionan, las inventan. Hay que ser muy ingenuo para creer en brujas y en poetas malditos.

Hablo de Barba-Jacob en primera persona porque fue uno de mis maestros, el primero que me enseñó qué es la poesía. No hay poesía sin alma, pero el alma ya no se usa. Alma no es el fantasma del cuerpo, sino el cuerpo del fantasma.

Siempre se ha dicho que Barba-Jacob está pasado, y él mismo lo supo porque conoció a muchos adelantados. Todo es pasado. No hay sino pasado. En ese pasado sus críticos actuales no tienen ellos mismos una obra que se pueda medir con lo mejor de Barba-Jacob en ningún tiempo.

Muestran los anales bibliográficos que Barba Jacob es uno de los poetas más reeditados. Siempre se agota, por defectuosa que sea la edición, como hasta el presente lo han sido todas, sin excluir la de Fernando Vallejo, de lo cual se colige que no contó con su supervisión personal.

Los poetas son como los santos: cada quién tiene devoción por aquellos que le hacen el milagro. Barba-Jacob me hizo el milagro de la poesía cuando yo era niño. La poesía es asunto de devoción, no de crítica literaria. Quien mejor lo explica es Manuel Mejía Vallejo: establece la época de Porfirio Barba-Jacob con referencia a canciones populares, costumbres, vida de ese tiempo, y concluye que Barba-Jacob forma parte de su alma. Por eso, dice, “ya no me importa si Barba es un buen poeta, si es un gran poeta, si ni siquiera es poeta. Ya no me importa comprobarlo”. Para el poeta es mucho mejor pasar a ser parte del alma de sus lectores, que tema académico de desalmados profesores. Respecto de la obra de Porfirio Barba-Jacob escribe el doctor Otto Morales Benítez: “Nadie puede penetrar en ella y mantenerse indiferente”.

Muy pocos poetas resisten cambios como los ocurridos en Barba-Jacob, principalmente por mano de editores e

impresores, y también del propio autor, que no paraba de introducir modificaciones. Fernando Vallejo intenta restablecer los textos definitivos, pero falla por un exceso de respeto (o falta de crítica) a las fuentes, y porque en la última etapa de su admirable trabajo, como suelen hacer los investigadores, parece haber confiado en la imprenta, el lugar menos confiable del mundo para cualquier escritor.

La obra en verso de Barba-Jacob merece que se la limpie de los parásitos adheridos a lo largo del siglo. Eso se intenta hacer en esta edición con las páginas seleccionadas, si no interviene algún espontáneo de última hora.

Por motivos que no cabe dilucidar aquí, el autor cambiaba las dedicatorias a conveniencia o capricho del momento, lo cual, de hecho, las anula. Se conserva sólo una, que mantiene su significado.

De igual modo también cambiaba los títulos de los poemas, en algunos casos sin acierto, o contra la voluntad del lector, que se debe respetar puesto que él es el destinatario, y por tanto dueño final del poema. Cambiar el nombre de un poema que se ha hecho famoso es como cambiar el nombre de una persona: desagradable sorpresa.

Ejemplos ilustrativos acerca de los errores, o erratas, a los cuales se refiere este proemio:

1. La defectuosa puntuación, que sigue la costumbre pausada de la época, se debe en parte a los impresores, como se prueba en la comparación de ediciones. En poesía, la

puntuación no debe ser según la gramática elemental, sino según el ritmo, porque la poesía es canto.

2. Los versos alineados a la derecha no son originales del autor. Son innovación caprichosa de diagramadores que no saben qué hacer y desconocen el motivo gráfico del verso.
3. Abundan las palabras cambiadas por error. Un sólo ejemplo: en la edición de Procultura, página 212, se lee: *“el mar, la lona”*. Debe decir: “la luna”. Todas las erratas son hilarantes. Baste con ésta.
4. El abuso de mayúsculas, debido en parte a la época, choca al lector actual, que hace mucho tiempo les quitó, no sólo las mayúsculas, sino el tramposo significado a las grandes palabras que buscaban impresionar con mayúscula.
5. La gramática, la ortografía y los sentimientos cambian en cincuenta años. Ningún escritor se sustrae a esa realidad. Ello incide en las selecciones, que deben atender al manejo de detalles incompatibles con la actualidad. Los mismos escritores, en sucesivas ediciones, suelen actualizar sus textos.
6. No menos notorios son los descuidos del autor, imputables a su trashumancia. Ejemplo: el verso “sangrando en sus ruinas mi propio corazón”, podría evitar la diéresis fácilmente: “en sus ruinas sangrando mi propio corazón”.

El poema perfecto, del que no se puede cambiar nada, resulta débil en el largo plazo. Barba-Jacob demuestra su fortaleza al mantener su eficacia contra el tiempo. Contra

el viento, decía él. El gusto público por alegorías y adivinanzas qué interpretar, y el sortilegio de su palabra, hacen que muchos lectores se dejen llevar por lo armonioso y esotérico antes que por la comprensión de sentido. No obstante, Barba-Jacob es el más profundo de los poetas colombianos. Demostrarlo requiere un ensayo aparte, pero su vigencia lo confirma. La elección del tiempo es irrefutable. Refiriéndose a Barba-Jacob, dice Manuel Mejía Vallejo: “Cuando los versos se repiten mucho parecen desgastarse, pero ellos mismos, después de años de silencio, recuperan su valor original porque el desgaste radicaba en el lector, no en el poema”.

II

De nada valen las teorías y la razón crítica contra el sentimiento. Por eso no hay propiedad como la del amor. Por las referencias de sus poemas, Antioquia siente a Barba-Jacob entrañablemente suyo. Lo demuestra una vez más esta edición conjunta del Concejo Municipal y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, en el propósito de acercar a nuevas generaciones el patrimonio cultural que constituye su origen y filiación en la historia. Así como no hay pueblos sin poesía, tampoco existe poesía sin identidad con un pueblo. Poetas colombianos actuales pretenden la universalidad escribiendo poesía extranjera. Infantil ingenuidad. Es de la profunda raíz antioqueña de donde sale el siguiente poema, cuyo primer lector apasionado, que hoy agradezco, fue el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal, hace veinte años.

Porfirio Barba-Jacob

A José Álvarez Patiño

Porfirio Barba-Jacob dando alaridos por toda América,
primitivos alaridos desesperados, gritos de parturienta,
que horrorizarían a Mr. Eliot, tan educado, un verdadero
gentleman.

Porfirio desmelenado, como las furias, sin ninguna
consideración por mi barrio,

Porfirio avolcanado, echando lava y humo por toda la América,
desgreñado, peludo, moviendo las aspas como un molino;
no creo que haya sido recibido en el cielo con esos modales.
Y sin embargo, también era un solitario entre llamas y azufres,
sufriendo de desmesura terrenal, arrebatado, acosado,
energúmeno,
viniendo hacia mí con grandes berridos atemorizantes,
yendo de aquí para allá como si fuera el viento,
que a veces amaina y se vuelve tierno entre las cosas débiles,
y luego otra vez tumultuoso y desordenado como río salido
de madre.

Exaltado, turbulento, tempestuoso,
para qué tanto afán, esos gritos me alteran los nervios.
Pero él creía que tenía que gritar, un americano rústico,
bramando como un poseso, balando, todo el tiempo
clamando,

arrastrando un dolor demasiado grande,
dando puños a todo,
arbitrario, desaforado, devastado, palidísimo,
al trote y al galope,
para qué tanta agitación, fatigarse con imprecaciones.
Más vale quedarse en silencio delante del té.
Demasiadas preguntas para la única respuesta disponible,

y esa retórica ampulosa de la época, que complicaba las cosas.
Después de asustarnos desconsideradamente con la máxima
alarma,
habiendo dado a nuestra puerta, tan respetable, unos golpes
tremendos,
se quedaba de pronto tranquilo, mirando el campo,
el árbol que sombrea la llanura, el cordero que paca la grama,
el son del viento en la arcada.
Y sin embargo, necesitó de toda esa fuerza para revelarnos su
existencia y la nuestra.
Sin su grito estentóreo, en aquellos años apacibles entre las
dos guerras, es posible que no nos hubiésemos enterado de
nada.
Pero, ¿por qué nos apura en el peor momento,
cuando llegamos al punto donde se borra el camino?

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

“Mi poesía es para hechizados”

I

Selección crítica

El árbol viejo

El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro
llegan en la fatiga de la tarde,
y piensan al mirarlo, simplemente:
“Ya rindió sus cosechas más jugosas
y ofrece al hacha los desnudos brazos.
Para alimento del hogar cortémosle”.

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano
horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿Para qué sirve un árbol? ¿Para darle
cuatro varas de sombra al césped trémulo?
¿Para temblar bajo el azul del cielo
alargando sus frutos sazonados?

¿Para oír el silencio de la noche?
¿Para sentir la fiebre de la tierra?
¿Para ver a las mozas del camino
perennemente, sin decirles nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo
en la fúlgida noche que desciende,
y ella, que en paz sus luminares prende,
dilata mi ansiedad con su mutismo.

Barranquilla 1906

*También ha sido publicado
utilizando el primer verso como título*

Parábola del retorno

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
 Decidme: ¿Es esta granja la que fue de Ricard?
 ¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías,
 no tuvo un naranjero, y un sauce y un palmar?

El viejo huertecillo de perfumadas grutas
 donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
 ¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
 ¿Señora, y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
 y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
 Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
 ¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, brillante, fresca y pura,
 no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
 la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
 y el chorro, blanco y fúlgido, ni riel ni murmura...
 Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
 este precioso niño me puede acompañar.
 ¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno,
 que enmarca entre caireles su frente angelical?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
 hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
 Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
 de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Éramos cinco. Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad.
Hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas, de uvas y gajos de arrayán.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos...
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días,
y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y éste es el viejo huerto de avenidas umbrías
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

Barranquilla 1906

Virtud interior

Llego aquí como ayer, sencillamente,
y en medio de los campos
abandono mi cuerpo
sobre la hierba frágil.

Ni voces que interrumpen la secreta
comunidad de la vida,
ni libros imponentes
ni exceso de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre los valles,
el agua limpia, el césped, la inefable
sencillez de las cosas,
y yo, sin ligaduras,
buscando el rumbo cierto
a la sombra de Dios que me sustenta.

Y la emoción que me darán los hálitos
del bosque, santamente,
y el éxtasis divino del silencio
debajo de los árboles...

La noche azul me cubre,
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas
y nace mi bondad y va fluyendo.

Y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas.

Y siento hervir mi sangre
y quiero derramarla,
y esta virtud cruenta
me va purificando...

La estrella de la tarde

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción... Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra,
el corazón del monte está cerrado,
y el perro del pastor, trágicamente,
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada...

¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, ilusión sin obra?

Hermano mío, en la inquietud constante
nunca sabremos nada...

¿En qué grutas de islas misteriosas
arrullaron los númenes mi sueño?
¿Quién me da los carbones irreales

de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío, en el impulso errante
nunca sabremos nada.
Y sin embargo...

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
“¡La estrella de la tarde está encendida!”
Ávidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz...

Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado...

Monterrey 1909

Nota de Fernando Vallejo: ***La opinión expresada en “La divina tragedia” de que este poema, por contraposición a otros suyos, “no es una nadería”, y el haberlo publicado repetidas veces a lo largo de su vida, nos dan testimonio del alto concepto en que lo tenía el poeta.***

Canción de la vida profunda

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonría.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo que tiembla de pasión;
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal;
la noche nos sorprende con sus profundas lámparas
en rútilas monedas tasando el bien y el mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos
—¡niñez en el crepúsculo, lagunas de zafir!—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar:
el alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también, ¡oh Tierra!, un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver;
un día en que discurren vientos ineluctables...
¡Un día en que ya nada nos puede retener!

La Habana 1915

Soberbia

Le pedí un sublime canto que endulzara
mi rudo, monótono y áspero vivir.
Él me dio una alondra de rima encantada.
¡Yo quería mil!

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro
con que yo pudiera gobernar mi afán.
Me dio un arroyuelo, murmurio nocturno.
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,
para que a mis sueños prestase calor.
Me dio una luciérnaga de menguado brillo.
¡Yo quería un sol!

¡Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico y el azul abril!
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:
yo quiero morir!

Sapiencia

Nada a las fuerzas pródidas demando,
pues mi propia virtud he comprendido.
Me basta oír el perennal rüido
que en la concha marina está sonando.

Y un lecho duro y un ensueño blando,
y ante la luz en vela mi sentido,
para advertir la sombra que al olvido
al ser impulsa y no sabemos cuándo...

Fijar las lonas de mi móvil tienda
junto a los calcinados precipicios
de donde un soplo de misterio ascienda,

y al amparo de númenes propicios,
en dilatada soledad tremenda,
bruñir mi obra y cultivar mis vicios.

*Publicado con el título "Sabiduría"
en Obras Completas (Ediciones Académicas).*

La vieja canción

¿Qué ha de hacer quien ignora el destino,
la razón de su pan y su vino,
y la clave de oscuro avatar?
Como el nórdico rey prisionero,
de la vieja canción del trovero,
esperar... esperar... esperar...

Tal vez brinde un consuelo a sus cuitas,
en la tarde de pompas marchitas,
la ventana que está junto al mar;
tal vez pueda en antiguo volumen,
cuyos trazos los siglos esfumen,
divagar... divagar... divagar...

En otoño de roncros acentos,
que con lúgubres puños violentos
en las noches quebranta el pinar,
puede acaso por sendas de gloria,
más allá de su patria y su historia,
ambular... ambular... ambular...

Si hace frío en la sala desierta,
entornando a su paso la puerta
y arrojando un buen leño al hogar,
él podrá como el rey del oriente,
al influjo del libro sapiente,
delirar... delirar... delirar...

Y fingir que entre chusma bravía,
de remotas edades un día
fue un castillo roquero a escalar,
y que vieron atónitos ojos
una espada entre humanos despojos
cintilar... cintilar... cintilar...

O más bien que en la paz de la vida,
por la senda de lauros mullida,
fue una rubia princesa a buscar.
Mil lanceros formaban cohorte,
y el palacio quedaba hacia el norte,
frente al mar... frente al mar... frente al mar...

¿Mas qué hacer cuando el libro concluye,
cuando el sueño falaz se diluye,
cuando muere la luz del hogar?
Sólo resta el recurso postrero:
como el nórdico rey prisionero,
suspirar... suspirar... suspirar...

*En Obras Completas (Ediciones Académicas)
este poema aparece en tercetos, numerados por pares.*

Elegía de septiembre

Cordero tranquilo, cordero que paces
la grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundiendo en el lodo las plantas fugaces,
huí de mis campos feraces
un día...

Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileno:
a pesar de la fúnebre muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino
a perderte en la azul lontananza:
los dioses me han hecho un regalo divino:
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga
que conjuntas el trigo dorado:
al influjo de soplos violentos
en las noches de amor he temblado.

Montaña que el sol transfigura,
Tabor al febril mediodía,
silente deidad en la noche estelífera y pura:
¡Nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavora!

Y vosotros: rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: ¡He vivido!
He vivido con alma, con sangre, con nervios,
con músculos...
¡Y voy al olvido!

Lamentación de octubre

Yo no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que agitado por soplos de centurias
el corazón anhela arder, arder.
Siento su influjo y su latencia y cuando
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,
da al cielo de los niños rosicler,
y que bajo el laurel el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad pudiera ser...

Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender.

*Una de las “Cinco antorchas contra el viento”,
lo cual indica la estima en que lo tenía el poeta.*

Canción ligera

Si acongoja un dolor a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez: “Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar”.

¡Ah!, pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana, múltiple emoción,
como no encuentra un ritmo que la cante
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el oro de los trigos,
el son del viento en pugna con el mar,
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,
sin quién venga su espíritu a decir,
el sol, la brizna, el niño y el terrible
prodigio del nacer y del morir.

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando en las riberas de la mar,
vemos la inexpresada maravilla
y tan sólo podemos suspirar.

Canción delirante

Coro:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión:
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.
Abrid, que llegan los trashumantes
de una ignorada, muelle Estambul.
¿A qué las fugas alucinantes,
si hay tras las arduas cumbres distantes
los mismos mares y el mismo azul?

Los embrujados:

Dolor, zozobra... puertas abiertas:
la marihuana, la tentación...
¡Cielos azules y alas abiertas!
Por vagos mares de ondas inciertas
vaga el esquife de la ilusión;
las viejas vides están desiertas,
mueve fantasmas el corazón,
y...

Los invertidos:

Ved nuestras úlceras en carne viva
que escuece el áspero soplo del mar.

Fue nuestra pobre carne cautiva
de una nefanda deidad activa
que los rubores vedan nombrar.

Coro:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

Los desposados de la muerte

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla
suave, fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Atehortúa era muy sencillo,
y traía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
Hay almas tan melódicas como si fueran ríos,
o bosques en las orillas de los ríos.

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado.
Como un licor de bajo precio,
la vida le producía una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.
Había en su voz un glú-glú redentor,
y su amante le llamó una vez
“el príncipe de las hablas de agua”.

Leonel Robledo era muy tímido,
bajo una apariencia llena de majestad.
En el recóndito espejo de su ternura
se reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia
y me dije: hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros.

Stello Ialadaki era armonioso, rosáceo, azulino,
como los mares de Grecia, como las islas que ellos ciñen.
Efundía del mundo algo irreal, risueño, fantástico.
Se le veía como marchando de las playas de ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mandeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé con el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como trascienden los rancos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del *todavía no*.
Sus palabras revelaban toda la fuerza de la realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

Nueva canción de la vida profunda

Te me vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida... ¡Te me vas!
Tiembla en tus embriagueces el dolor de la vida.

-¿Y nada más?

-Y un poco más..

La mujer y la gloria, con puños ternezuelos,
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh los primarios ímpetus, los matinales vuelos!
Tuve una novia... Me parece que fue en abril...

Yo miraba el crepúsculo
y creía que ése era el crepúsculo.
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El numen de Colombia me dio una rosa bella,
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella...

-¿Y nada más?

-Y un poco más..

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea:
el mundo como un cóncavo diamante parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.
Fue entonces cuando advino Evanaam, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás.
Yo amaba solamente su amistad dulce...

-¿Y nada más?

-Y un poco más...

Y luego... ser el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor.
Mi lira tiene un trémolo de caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor.

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida... ¡No te vas!
Quiero apurar el íntimo deleite de la vida.

-¿Y nada más?

-Y un poco más...

El son del viento

El son del viento en la arcada
tiene la clave de mí mismo:
soy una fuerza exacerbada
y soy un clamor de abismo.

Entre los coros estelares
oigo algo mío disonar:
mis acciones y mis cantares
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida
en Santa Rosa de Osos,
una media noche encendida
en astros de signos borrosos.

Tomé posesión de la tierra
mía en el sueño y el lino y el pan;
y moviendo a las normas guerra
fui Eva y fui Adán.

Yo ceñía el campo maduro
como si fuera una mujer,
y me enturbiaba un vino oscuro
de placer.

Yo gustaba la voz del viento
como una piñuela en sazón,
y me la comía... con lamento
de avidez en el corazón.

Y, alígero esquife al día,
y a la noche y al tumbo del mar,
bogaba mi fantasía
en un rayo de luz solar.

Iba tras la forma suprema,
tras la nube y el ruiseñor,
y el cristal y el doncel y la gema
del dolor.

Iba al oriente, al oriente,
hacia las islas de la luz,
a donde alzara un pueblo ardiente
sublimes himnos al azul.

Ya, cruzando la Palestina,
veía el rostro de Benjamín,
su ojo límpido, su boca fina
y su arrebato de carmín.

O de Grecia en el día de oro,
do el cañuto le daba Pan,
amaba a Sófocles en el coro
sonoro que canta el peán.

O con celo y ardor de paloma
en celo, en la Arabia de Alá,
seguía el curso de Mahoma
por la hermosura de Abdalá:

Abdalá era cosa más bella
que lauro y lira y flauta y miel;
cuando le llevó una doncella,
cien doncellas murieron por él.

Mis manos se alzaron al ámbito
para medir la inmensidad,
pero mi corazón buscaba ex ámbito
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo
cual pezuña de Lucifer,
y algo en mí tendía el vuelo
por la niebla, hacia el rosicler.

Pero la dama misteriosa
de los cabellos de fulgor
viene y en mí su mano posa
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida
no es sino aquel amor fatal,
con una que otra lámpara encendida
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,
la luz de Saturno en mi sien,
roto mástil sobre las olas
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica
que al torvo sino desafía:
el orgullo de ser, ¡Oh América!
El Ashaverus de tu poesía.

Y en la flor fugaz del momento
querer el aroma perdido,
y en un deleite sin pensamiento
hallar la clave del olvido.

Después un viento, un viento, un viento...
¡Y en ese viento mi alarido!

Ciudad de México 1920

Balada de la loca alegría

*Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac.
Mi esfuerzo vano –estéril mi pasión.
Soy un perdido –soy un marihuano.
A beber –a danzar al son de mi canción...*

Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.
Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!

¡Reíd, danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón...!

La Muerte viene. Todo será polvo
bajo su imperio: ¡polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!

*Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac.
Mi esfuerzo vano –estéril mi pasión.
Soy un perdido –soy un marihuano.
A beber – a danzar al son de mi canción...*

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa y de toda la rosa
de los vientos que beben las águilas romanas,
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.

Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.
Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las termas
varones de placer... Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría,
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.

La muerte viene. Todo será polvo:
¡Polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,
polvo de Ovidio, polvo de Nerón!

*Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac.
Mi esfuerzo vano –estéril mi pasión.
Soy un perdido –soy un marihuano.
A beber –a danzar al son de mi canción...*

Aldeanas del Cauca con olor de azucena,
montañesas de Antioquia con dulzor de colmena,
infantinas de Lima –unciosas y augurales–
y princesas de México, que es como la alacena
familiar que resguarda los más dulces panales;
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;
mozuelos de la grata Cuscatlán –¡Oh ambrosía!–
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras,
entrad en la danza, en el feliz torbellino,
reíd, jugad al son de mi canción.

¡La piña y la guanábana aroman el camino,
y un vino de palmeras aduerme el corazón!

La muerte viene. Todo será polvo:
¡polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,
polvo en la urna, y rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

*Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac.
Mi esfuerzo vano –estéril mi pasión.
Soy un perdido –soy un marihuano.
A beber –a danzar al son de mi canción...*

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos,
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos...
¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!
¡A beber! ¡A danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión...!

México 1921

*Se publicó inicialmente con un “Envío” a Leopoldo de
la Rosa, suprimido después por el poeta.*

Elegía de Sayula

I

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula
–¡donde llovía a cántaros!– ensueños fui a espigar.
Cantaban unos jóvenes y sus bellas canciones
las muchachas del pueblo salían a escuchar.

Busco una vida simple y a espaldas de la muerte
no triunfar, no fulgir, oscuro trabajar;
pensamientos humildes y sencillas acciones,
hasta el día en que al fin habré de reposar.

¡Imaginaciones!

¡Imaginaciones!

II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada estéril,
y la fecundan largos ríos de dolor.
Arando, arando iban, cantando unas canciones,
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú Romelia, como Guadalajara.
¡Qué maravilla! Huertos que enflora la astromelia
en musical silencio perfuman las mansiones.
Vivir aquí, labrando la tierra de Sayula,
porque me diese un día, a cambio de sudor,

–ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones–
paz, paz en mis entrañas, silencio en mi redor.

¡Imaginaciones!

¡Imaginaciones!

III

Ala del tiempo...

Ala del tiempo...

Ha mil años, un pueblo formaría
con polvo de hombres una ruin alfarería...

Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,
y en mi frente –un incendio de florestas–
fluye tu cabellera perfumada...

Sayula está de fiesta

porque llovió; la luna sublima los magueyes,
me dan vino y... ¡México es tierra de elección!

“Mi padre –dice un joven– tiene cinco yuntas de bueyes”.

Cruzan la honda noche ráfagas de maizales

y un júbilo de júbilos me llena el corazón.

Luces en las cabañas.

Canciones por las montañas.

Un lecho de espadañas que abrasará el estío,
y tú, fantasma bruno que siempre me acompañas,
dadme vino y llenemos de gritos las montañas.

¡Imaginaciones!

¡Imaginaciones!

IV

Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.
Rendidos de cansancio en la tierra desnuda
duermen una mujer, un niño y un labriego.
Se mira arder la noche cuajada de cocuyos.
Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado
–nada más la fatiga de un día, nada más–
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.
Un niño, friolento, comienza a sollozar.
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando!
Arrúllalo en tus brazos y dale de mamar.

Guadalajara 1921

Nuevas estancias

El aire es tierno, lácteo, da dulzura.
Miro en la luz vernal arder las rosas
y gozo de su efímera ventura.
¡Cuántas no se abrirán, aún más hermosas!

Estos que vi de niños han trocado
en ardor sus anhelos inocentes
y se enlazan y ruedan por el prado.
¡Cuántos no se amarán, aún más ardientes!

La tarde está muriendo, y el marino
soplo rasga sus velos y sus tules,
franjados por el ámbar ponentino.
¡Cuántas no brillarán, aún más azules!

Futuro

Decid cuando yo muera (¡y el día esté lejano!):
Soberbio y desdenoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América,
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento,
la tierra mexicana le dio su rebeldía,
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas,
un gran dolor incógnito vibraba por su acento,
fue sabio en sus abismos –y humilde, humilde, humilde–
porque no es nada una llamita al viento.

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira, jamás, esclareció,
y nadie ha comprendido su trágico lamento...
¡Era una llama al viento y el viento la apagó!

Ciudad de Guatemala 1923 07 29

Elegía del marino ilusorio

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van saltando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven en la playa deleitosa
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo, de él cautivo, temblando, suspirando,
contra la muerte
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
¿Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!



Porfirio Barba-Jacob, Guatemala 1914.



Porfirio Barba-Jacob, s.f.



Porfirio Barba-Jacob, Michoacán, México 1935.



*Rosas Negras, único libro publicado en vida de Barba-Jacob.
Ciudad de Guatemala 1933*



Porfirio Barba-Jacob en su lecho de enfermo, México 1941.



*Llegada de los restos de Porfirio Barba-Jacob a Medellín, enero 13 de 1946.
Aparecen entre otros Emilio Jaramillo, León de Greiff, Germán Arciniegas
y el Gobernador de Antioquia, Germán Medina.*

PORFIRIO BARBA - JACOB

Poemas
INTEMPORALES



EDITORIAL ACUARIMÁNTIMA • MEXICO, 1944

Poemas Intemporales. México 1944.

II

Poemas complementarios

Jitanjáfora

La galindinjóndi júndi,
la járdi jándi jafó,
la farajíja jija
la jarajífa fo.
Yáso déifo déiste húndio,
dónei sópo don comiso,
¡Samalesita!

Primer poema de Barba-Jacob, compuesto en su niñez. Lo recuerda don Alfonso Reyes y lo incluye el Dr. Otto Morales Benítez en el prólogo al libro “Centenario del poeta Porfirio Barba-Jacob” (Banco de Colombia). El título le corresponde, porque define el recurso literario empleado por el niño que jugaba a ser poeta sin saber lo que hacía. De tal recurso usa y abusa Vicente Huidobro (1893 – 1948). Amílcar Osorio lo utiliza bellamente en “Cóctel de plegarias”. Miguel Ángel Asturias dejó famosas jitanjáforas: “Alumbra lumbre de alumbre, piedra de piedralumbre”. Malas lenguas nadaístas dicen que Barba-Jacob nunca superó ese poema.

Lamentación baldía

Mi mal es ir a tuntas, con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas, errante en el sendero,
y el peor de mis daños no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura,
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura.

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo,
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo...
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola...
¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!

Barranquilla 1906

Publicado también con los títulos “Antorchas contra el viento” y el menos expresivo “Oh, noche”.

El corazón rebosante

El alma traigo ebria de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos...
A la luz de la luna las vacas maternas
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles, con clara mansedumbre,
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos pinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra,
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio,
sencillez de las aguas que apuran su corriente,
sencillez de los árboles... ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena...
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!

¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
están de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta,
haced mi voluntad templada y fuerte y noble,
¡oh virginales cedros de lírica floresta,
oh pródidas campiñas, oh generoso roble!

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
¡oh dulces animales, que no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada!

Espíritu errante

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto
de todas las cosas la esencia sagrada.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas.
¿Acaso el misterio culmina
en las altas montañas sonoras
que nutren el roble y la encina?

Quizás en el fondo de oscuros arcanos
tú vives de ciencia, de luz y de gloria,
y a mundos externos las manos divinas
entrebren la reja ilusoria...

¿Quién sabe en la noche que incuba las formas
de adusto silencio cubiertas,
qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía?
¡Oh sed insaciable del alma que busca las normas!
¿Seremos tan sólo ventanas abiertas
el hombre, los lirios, el valle y el día?

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto
de todas las cosas la esencia sagrada.

La Habana 1907

*Se adopta la versión de 1928 en correspondencia
con la investigación de Fernando Vallejo.*

Retrato de un jovencito

Pintad un hombre joven, con palabras leales
y puras, con palabras de ensueño y de emoción.
Que haya en la estrofa el ritmo de los golpes
cordiales,
y en la rima el encanto móvil de la ilusión.

Destacad su figura, bella, contra el azul
del cielo, en la mañana florida y sonreída.
Que el sol la bañe al sesgo y la deje bruñida,
que destelle en los ojos una luz encendida.

Que haga temblar las carnes un ansia contenida,
y que el torso, y la frente, y los brazos nervudos,
y el cándido mirar, y la ciega esperanza,
¡compendien el radiante misterio de la vida!

Acto de agradecimiento

Sólo hay un bien preciso: poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría,
y como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama
y sombrea los árboles ancianos y robustos,
en donde el viento libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,
de florecer sencillo, que visten las campañas;
y espartos de los brutos, convólvulos, llantenos,
jaramagos de abril, y áloes y espadañas...

Y he visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre,
y el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente... ¡oh dolor, oh pavor!
Y azoradas mujeres, que entornando la puerta,
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo,
en armoniosas luchas irreales;

y del tiempo en los giros limitados,
crecer, amar, y renovar el mundo.

Y he visto el mar, que todo lo compendia,
y más allá del mar la génesis del día,
de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría.

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos,
dejándolos en sombra de repente,
¿qué ha de impetrar mi alma enajenada?
Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,
¡oh amor, no busco nada!
¡oh ardor, no quiero nada!

El despertar

Ya por celestes númenes alzado el mortuorio
manto que a las criaturas envolvía,
la luz viene a llamar a los cristales.

Tú, que retornas de tu sueño, advierte
si un hada esquivada deja en los umbrales
salvias y serpoletas, o si vierte
al pie de la ventana,
con sus dedos rosáceos y pueriles,
los jugos de la agreste mejorana
y el tomillo de todos los abriles.
Porque huele muy bien...

Y el aire puro,
al penetrar por el balcón abierto,
derrama en el ambiente semioscuro
los himnos de los pájaros del huerto.

Bajo el árbol antiguo el agua suena.
¡Es de día, es de día!
Haz tu oración, disponte a la faena,
y alégrate en las cosas humildes, alma mía.

Canción innominada

Ala bronca, de noche entenebrida,
rozó mi frente, conmovió mi vida,
y en vastos huracanes se rompió.
Iba mi esquite azul a la ventura,
compensé mi dolor con mi locura,
¡y nadie ha sido más feliz que yo!

No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas.
Lauros negros mi oprobio me ciñó.
Mas un lúgubre numen me consuela,
vuela el tiempo, mi numen canta y vuela,
¡y nadie ha sido más feliz que yo!

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta,
y la tarde es ya el día que pasó.
Muda calma. Temblor. Melancolía.
Todo el dolor y toda la alegría,
¡y nadie ha sido más feliz que yo!

Publicada también con el título de "Plenitud".

En el comedor de la casa paterna

En la estancia cordial, un poco agreste,
que bruñó con amor experta mano,
y a cuya sombra la bondad celeste
fluye en el alimento cotidiano,
alguien con dulces voces nos reclama
y con suaves apremios nos convida:
es la voz familiar, la voz del ama,
serena como el ritmo de la vida.

Fresca leche rebosa en los jarrones
de ancha base y de vientre floreado
–oro y azul de porcelana vieja–
y entre el negro café y el pan dorado
un pez plateado brilla en la bandeja.

Alma, mi alma, antorcha vigilante:
permite al cuerpo, dócil a su instinto,
que en la hora fragante
se nutra en el doméstico recinto,
y mientras toma en la materia oscura
el pan, generador de su energía,
nútrete tú en la paz, en la luz pura,
y alégrate en las cosas humildes, alma mía.

El pensamiento perdido

Yo tuve un pensamiento de inspiración divina,
seguro como un monte y arduo como un amor.
Encerraba el misterio de la onda marina,
del vuelo de las águilas, del ritmo y de la flor.

Jamás lucero alguno vertió desde la altura
sobre el escueto páramo más dulce claridad
que el pensamiento mío sobre mi carne oscura,
por él bañada en lampos de ardiente castidad.

Bajo su beso el mundo reía en la alborada,
y la alborada fue mi honda de David.
¡Oh ternura sin lágrimas de la luz aniñada,
jugando en los racimos maduros de la vid!

Bajo su luz la ira del ademán crüento
fue hermana del zis-zás alegre de la hoz,
y cuando dije un día con ánimo violento:
“Yo no quiero un prodigio, me basta un pensamiento”,
estaba ya el prodigio temblándome en la voz.

A su encendida lumbre –rubí, zafiro, día
cerúleo– iban las múltiples fuerzas del bien y el mal
(palomas y milanos) con rumbo a la armonía,
y todo se nutría de ciencia divinal.

Agrias tormentas –agrias como erizada roca–
entre la mente impura y el torpe corazón;
plegaria que te vuelves, al brotar de la boca,
iracunda blasfemia o ardiente maldición.

Enfermedad sagrada que busca lo absoluto
en nuestro ser efímero y no lo puede hallar;
amante poesía que llevas hasta el bruto
tus perfumadas ánforas, tu lirio, tu azahar.

Soplo que extingue al paso la flama de la vida,
ósculo de las sombras, fatídico vaivén
entre un día futuro y una edad preterida,
hambre de azul, melódica nostalgia del edén.

Todo bajo la lumbre del claro pensamiento
era impulso armonioso –miel, perla, vino, abril–
¡El suspiro de Dios, que armonizaba el viento,
iba en mi pensamiento por el viento de abril!

México 1918

Pecado original

Vela sus rojos granos la granada
en purpúrea prisión; mansos y fieles,
cruzan tranquilamente los lebreles
por la tierra tranquila y sosegada.

La estrella está en sí misma embelesada,
tiene el trigal sus oros y sus mieles,
y la fuente de líquidos caireles
no pide al numen nada... nada... nada...

Todo se ajusta a ley: el monte, el río,
el mar profundo en su profunda ciencia,
su áspero hervor y su nocturno brío.

¡Sólo yo pierdo la inefable esencia
de la vida inocente, porque crío
tu gusano letal, concupiscencia!

Parábola de la estrella

Jesús miraba hacia el Jordán. Caía
 la tarde melancólica y serena,
 y el oro del crepúsculo teñía
 los árboles y el agua. De repente
 un hombre apareció de entre el bosque
 y hacia Jesús se encaminó doliente,
 como si fuese el alma del paisaje.
 –Señor (dijo en voz baja), hace diez años
 que salí de mi hogar tras una estrella
 como se sigue en pos de una esperanza,
 hasta el amor sacrifiqué por ella,
 mas nunca, nunca, mi pasión la alcanza.
 ¿Esa estrella es un sueño? ¿Sólo existe
 para mis ojos y mis ansias? ¡Dilo!
 Ten compasión del triste,
 tú que conoces el dolor. Caía
 la noche melancólica y serena.
 Nada en la sombra nocturnal se oía.
 Una hoja cayó sobre la arena,
 y un pájaro voló sobre una rama.
 El hombre estaba pálido y sombrío.
 Y Jesús, con los brazos en el pecho,
 miraba absorto y silencioso el río...

*Publicado inicialmente con la firma
 de Ricardo Arenales.*

Canción del tiempo y el espacio

El dulce niño pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el lirio de su mano a la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en la pompa de jabón.

Yo pongo el corazón –¡pongo el lamento!–
entre la pompa de ilusión del día
y en la mentira azul de la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento. Yo pongo el corazón...

Síntesis

Yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante,
opreso en la urna del día,
engreído en mi corazón,
ebrio de mi fantasía,
y la eternidad adelante,
adelante...
adelante...

Publicado también con los títulos de “Futuro” y “Momento”. El poeta le dio por escrito a J. B. Jaramillo Meza la indicación de suprimirlo de su obra. En este caso, como en muchos otros, el equivocado era Barba-Jacob.

Canción en la alegría

¡Oh juventud, y el corazón, y Ella...!
¡Música en el silencio del palmar!
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,
y el corazón, la juventud y Ella
me infunden vago anhelo de cantar.

Junio en sus brazos cálidos madura
de mayo floreal la herencia opima,
y la onda musical de la luz pura
truécase en polvo de oro de la rima.

¡Oh juventud, y el corazón, y Ella,
trémula en el cordaje del laúd!
¡Ella florida, Ella enardecida,
Ella, todo el aroma de la vida
en la miel de la dulce juventud!

Aún siento impulsos de cantar. El viento
riega efluvios de Dios por la pradera,
toda primor de nácar y de trino
en la infantilidad de la mañana.

¿Qué es poesía?
El pensamiento divino
hecho melodía humana.

1921

*Publicado también con los títulos de “Primera
canción sin motivo” y “Canción de la alegría”*

Hora trágica

Pompa ilusoria del mar de un día que fue en un tiempo
azúleos montes, albas serenas, luceros mudos,
dadme el secreto que parecía que se escondía
en vuestras formas, luceros mudos, celajes mudos:
la ley profunda que parecía que os envolvía...

¡Algo que sacie! Ráfagas lúgubres
baten el alma, raen la carne;
tormentas sordas de mares lóbregos
rasgan las velas de mi razón.
¡Algo que sea ley y destino!
Algo para este anhelo divino
que va en la onda desesperada de mi canción.

Voces con sonsonete:

Trastroquémosle la música.
¡Qué miquito tan ridículo!
Él lo entienda, o no lo entienda,
continúa el espectáculo...
Trastroquémosle todas sus músicas.

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!
¡Psh! ¡Psh! ¡Psh!

¡Qué miquito tan ridículo!

1921

*Es la tercera parte del poema “En la muerte del poeta
Porfirio Barba-Jacob”, compuesto en cuatro cantos.*

Canción de la noche diamantina

Musa solar con nardos irreales
el cielo niño del abril decora,
y... Éste era el huerto de una reina mora
y un lirio que la aurora aljofaró.
Pero mi corazón balbuce ante la aurora:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata
su onda azul y en lo real confluye.
¡Noches de montesina serenata,
la lágrima, el deliquio y el *"tú y yo"*!
Pero mi corazón modula rima ingrata:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento,
y de siglos a siglos va encendida.
La muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida.
¿Un niño en este instante los ojos no entreabrió?
Pero mi torvo corazón no olvida:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Amor, por tu delicia y tu frecuencia,
por los valles letárgicos de la carne encantada
(de un humo azul la blándula almohada,

de un prócer vino la brumosa esencia)
sosiégase en la noche la frente conturbada,
y la alondra no canta todavía
ni mueve sus saetas el reló.
Pero mi corazón solloza en su alegría:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Y al fin, quietud... El mortuorio túmulo,
loas lúgubres, flores, oro póstumo,
y en mármol negro el numen desolado.
Con sus manos violáceas, en la tarde riente,
ya mi ansiedad la muerte apaciguó.
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Canción de un azul imposible

¡Oh sombra vaga! ¡Oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólvulo –la flor de los crepúsculos–
y era como las teresitas: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar.
En aquel pueblo olían las brisas a azahar.

Aún bañan, como a lampos, mi recuerdo
su cabellera rubia en el balcón,
su linda hermana Julia,
mi melodía incierta... y un lirio que me dio...
y una noche de lágrimas...
y una noche de estrellas
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo.

Francisco, hermano de ellas, Juan de Dios y Ricardo,
amaban con mi amor las músicas del río,
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros,
las noches negras, negras, ardidas de cocuyos,
el son de las guitarras,
y entre quimeras blondas el azahar volando.
Todos teníamos novia,
y un lucero en el alba diáfana de las ideas.

La muerte horrible –un tajo silencioso–
tronchó la espiga en que granaba mi alegría:
¡Murió mi madre! La cabellera rubia de Teresa
me iluminaba el llanto.

Después la vida, el tiempo, el mundo,
y al fin mi amor desfalleció como el convólvulo.

*

No ha mucho, una mañana, trajéronme una carta.
¡Era de Juan de Dios! Un poco acerba,
ingenua, virilmente resignada:
refería querellas
del pueblo, de mi casa, de un amigo:
“Se casó; ya está viejo y con seis hijos...
La vida es triste y dura; sin embargo,
se va viviendo... Ha muerto mucha gente:
don David, don Gregorio... Hay un colegio,
y hay toda una generación nueva.
Como cuando te fuiste, hace veinte años,
en este pueblo aún huelen las brisas a azahar...”

*

¡Oh amor, tu emblema sea el convólvulo,
la flor de los crepúsculos!

Guadalajara 1921

Canción de la soledad

Valle fértil, con ojos azules,
que el rumor del juncal adormece
si expira en los juncos un aura lontana.
Fácil coro de aplausos que mece
con moroso ritmo la musa liviana.
Un laurel, y la hembra en la umbría,
a mi voluntad soberana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Impúber flautista de rostro florido,
que a la luz de un candil imbuido...
—era invierno, nublosa mañana—
rindiose a mi ardor sin sentido...
Viaje loco, locuras innúmeras,
y contra la muerte coros de alegría.
Flautista del norte, la orgía pagana,
pavor en la orgía...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Dolor sin vocablos, abscondito, ardiente,
guirnalda de oprobios que abruma la frente,
y el lloro en la noche que un astro redime.
Mis ojos no vean el solemne día
en que ya la gloria mi nombre sublime.
Dolor, oblación, poesía, corona lejana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Silente en las sombras el ímpetu libre
hurtado a la impura materia
es ya el azul, es ya la paz de Dios.
Los ámbitos llena feliz pensamiento
que impele a la cumbre del día
el vuelo del ala y el ala del viento,
y comienza a fluir, extrahumana,
la suprema, inmortal alegría.

*Alma mía, alma mía, alma mía,
¡qué cosa tan vana!*

Guadalajara 1921

Canción de la hora feliz

Yo tuve ya un dolor, tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán postrero,
fui hasta la muerte... Un alba se hizo en mi corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;
que la alegría es lúgubre, que rodarán marchitas
sus rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que alucinándome con besos sin ternura
me embriagarán un punto la juventud y abril;
y que hay en las orgías un grito de pavora
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi egregia Musa, de hieles abrevada
en noches sin aurora y en llantos de agonía,
por el fatal destino de dioses engañada,
ya no creerá en nada, ni aun en la poesía...

¡Y estoy sereno! En medio del oscuro *“algún día”*,
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos
—¡El día del adiós a todo cuanto amamos!—
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: *“¿Poeta, en qué quedamos?”*

¡Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo
el día del adiós a todo cuanto amamos!

La infanta de las maravillas

I

(Visión de los cinco años)

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable,
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.
Brillaban unas flores en toda la campiña,
y absorto en mis cinco años, temblando, interrogué:
-¿Madre, qué flor es ésta?
-La flor de las maravillas.

Un día en mi niñez, y sin saber por qué.

De súbito, hacia el fondo del campo enardecido,
una infantina esbelta, una niña inasible,
que era las maravillas y el crepúsculo.
Mi madre iba colmando de flores un ropón,
y entre las maravillas, en medio del crepúsculo,
la niña esbelta, la veste blanca y rojiazul el pañolón.

Mas luego, cuando ardía la noche en la pradera,
con voces impasibles dijo mi madre abuela:
-“Donde se ve ese surco de hierbas nació yo.
No quedan ya ni aun tapias. La hierba es altamisa,
hierba de las ruinas...”

Silencio. Un gran silencio.
Llanto de lo inefable preñaba mis pupilas.
La infanta me dio un beso y el llanto desbordó.

II

Después, corriendo el tiempo, la vida y los países,
vi mil cosas... Vi arder la tierra en su extensión.
Paisajes de montañas, doncellas que suspiran,
danzas entre guirnaldas... La mies ya está madura,
y al júbilo es el día, la noche a la pasión.
Entre coros de jóvenes yo siempre me decía:

-¿Dónde estará la infanta?
-¿Cuál infanta?
-La infanta de las maravillas.

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil,
vi al monte dar la miel de sus colmenas. La alegría,
como la miel del monte, no cesa de fluir.
Un beso conmovido, la luna y las guitarras,
ávido el corazón, insaciado, encendido,
la mano firme, un freno de oro a la ilusión...
¡Oh júbilo exaltado! La vida es la alegría,
y su aleatorio impulso nos llena el corazón.
El vino loco al declinar el día,
y entre coros de jóvenes yo siempre me decía:

-¿Dónde estará la infanta?
-¿Cuál infanta?
-La infanta de las maravillas.

Y al cabo, estar colmadas las noches de infortunio.
¡Qué silencio tan lóbrego! ¡Qué frío el corazón!

En la noche sin sueño en que croan las ranas,
qué fantasmas y cuánto delirio que pasó...
Un vino aurifulgente, de ensueño mortecino...
Un aroma que huye, y la viola encantada,
la seda tornasol, la miel de la granada,
y este anhelo que no lo colma nada...
Entre tapiales rotos la lúgubre altamisa.
En sus ruinas sangrando mi propio corazón,
y en medio de mi pena yo siempre me decía:

-¿Dónde estará la infanta?

-¿Cuál infanta?

-La infanta de las maravillas.

Un hombre

Al doctor Eduardo Santos

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo
de un Dios,
ni en las manos la sangre de un homicidio,
los que no comprendéis el horror de la conciencia
ante el universo,
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser,
los que no merecéis ni un honor supremo,
ni una suprema ignominia.

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles,
los que no devanáis la ilusión del espacio y el tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño.

Los que tomáis el trigo del surco rencoroso
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles,
los que decís *“Está amaneciendo”*
y no lloráis el milagro del lirio del alba.

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
en una tortura sin pensamientos.

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras,
en los abrazos férreos de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal:

Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
de esta palabra: ¡UN HOMBRE!

Acuarimántima

I

Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarme en la virtud del canto.
Yo soy Maín, el héroe del poema,
que vio, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto.

¡Armonía! ¡Oh profunda, oh abscondita armonía!

Y velaré mi arduo pensamiento
sotto il velame degli versi strani,
fastuoso, de pompas seculares:
perfecta en sí la estrofa del lamento
y a impulso de los ritmos estelares.

Columpia el mar su cauda nacarina,
e imbuida en la clámide del río
esplende en bruma fúlgida la carne de la ondina.
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,
una deidad inflama las horas con su llama,
y loa el día azul un coro de donceles.

Romero: ¿no rebosa el corazón
—por la tierra de arrugas trabajadas,
por la noche de sombras evocadas—
del tiempo y el espacio la múltiple emoción?

Brilla en las lejanías invioladas
vaga ciudad, el viento da en los juncos,
los juncos gimen bajo el viento rudo...
¡Romero, que se vierta el corazón!
Y la ternura y la tristeza mía
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Yo, rey del reino estéril de las lágrimas,
yo, rey del reino vacío de las rimas,
con mis canciones ebrias
que un son nocturno hechiza,
y con mis voces pávidas
anuncio las cavernas del enigma.
En mis siete dolores primarios se resume,
como en alejandrino paradigma,
la escala del dolor que el mal asume.

Tenebrosa, recóndita armonía...

Mi numen fuerte no es aquel tan puro
como el cerrado corazón de un monte,
pero sobre sus ruinas de inocencia
haré brillar, ebrio del dolor puro,
una gota de luz del corazón del monte.

II

En libre vuelo el cielo de mi América
hender he visto un cóndor negro, errante...

¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve augura?
Por las arterias de los ciervos montesinos
discurre para el cóndor la sangre enardecida
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.
¡La presa viva! ¡El pico ensangrentado!
¡El ala pronta! ¡El ímpetu del vuelo!
Y un delirar de cumbres y centellas...

Así mi impulso al aura de la vida,
y así mi musa en su ilusión liviana
de que brote la carne un lirio místico.
¡Bestia de los demonios poseída,
oh carne, es hora ya del don eucarístico!
Cintila el cielo en gajos de luceros,
y querubes de velos melódicos
revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro
delante de los pórticos sagrados:
alguien dice mi nombre a la distancia,
brotan dulces jardines los collados
y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,
rima errante en la noche de pavora,
huerto a la luz de Vésper. En olvido
mi ser se muere, mi canción no dura,
¿y fui no más un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi amiga y mi enemiga:
 yo soy tú, que por leyes ominosas,
 cual vano mimbre que meció una espiga
 te haces nada en el polvo de las cosas...

¿Y la divina Psiquis, la rosa entre las rosas?
 ¿Y mis amores que irisé de lágrimas?
 ¿Y mi ciudad neblúea tras la ilusión del día?
 ¿Y las antorchas que erigí en emblema?
 ¿Y esta inquietud, y este ímpetu anhelante
 hacia una ley o una verdad suprema?

Pesa sobre tus pétalos, oh rosa
 espiritual, tan lóbrega y cerrada
 la noche, tan vacía y rencorosa,
 que en vano el brillo de tu broche efunde.
 Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada.

¡Nada, nada por siempre! Y merecía
 mi alma, por los dioses engañada,
 la verdad y la ley y la armonía.
 ¡Sé digna de este horror y de esta nada,
 y activa y valerosa, oh alma mía!

III

Como en la vaguedad de un espejismo
 –¿qué sabes?– mi conciencia me interroga,
 fluida en llanto entre mi propio abismo.

Y miro al mar ardiente, al monte flavo
que suaviza el azul, la estrella límpida
rielando en el rocío del capullo,
y en sus cunas los cándidos infantes,
cazados en las redes del arrullo
por el sueño de manos hechizantes.

Y vuelto a mí, gimiendo el corazón
–¿qué sabes?– vanamente me interrogo,
mudo bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondo, claro y justo:
llévole como antorcha y como daga
en medio del cerrado laberinto,
en su vasta amplitud mi fe naufraga,
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, roncós lamentos,
y alzan sus puños en el vacío
los pensamientos.

¡Oh menguado saber, pobre riqueza
de formas en imágenes trocadas,
ley ondeante, ciencia que alucina,
que cada noche en el silencio empieza,
y cada día con el sol culmina!

¡Oh menguado saber de la iracunda
vida, que ante mis ojos se renueva,
germinal y cruel, ciega y profunda,

madre de los mil partos y el misterio
que al barro humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo
circunscribe, se entrebren los sentidos.
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,
la leve mariposa del anhelo
entra por la ventana sin rüidos.

Cuaja en el corazón de la manzana
la dulzura estival: la mariposa
vuela del fondo de la carne humana.

¡Que al claro cielo
suba el anhelo!

Por ese vuelo la heredad natía
canté con rima de ideal retorno
en la ingenua parábola temprana.
En el turquí del éter desleía
un nácar tenue mi primer mañana.

Por ese anhelo, entre los acres pinos
y las rosas en llamas del ocaso,
al hablar dejo la palabra trunca:
el tiempo es breve y el vigor escaso,
y la amada ideal no vino nunca.

Por ese anhelo en rimas balbucientes
canto el rojo camino que a la tarde

se pinta en la montaña evocadora,
o a la vívida luz del sol temprano,
como una obsesión conturbadora
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin; y por él sueño
con una honda transfusión divina
de la luz en mi carne de tortura,
puesto que está la estrella vespertina
sobre el horror de esta prisión oscura.

Columpia el mar su cauda nacarina,
en ustorios relámpagos de espejos
esplende en bruma de ópalo la carne de la ondina,
y fulge Acuarimántima a lo lejos...

IV

Yo descendí de la antioqueña cumbre
—el alma en paz y el corazón en lumbre—
de austera stirpe que el honor decora,
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fui, viajero de nivoso monte
y umbría roza de maíz, al valle
que da a la luz su fruto entre su llama:
había miel de filtros de sinsonte
que derrama canción de rama en rama.

Y el mar abierto a mí divinamente
su honda virtud hizo afluir entera:
gusté su yodo y la embriaguez ignota
de no sé qué sagrada primavera
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima,
ciudad de bien, fastuosa, legendaria,
ciudad de amor y esfuerzo y armonía
y de meditación y de plegaria;
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,
una Jerusalén de poesía.

Y como los cruzados medievales
ceñíme al torso fúlgida coraza
y fuime en pos de la ciudad cautiva,
burlando la guadaña de la muerte
y la fortuna a mi querer esquiva.

La ondulante odisea rememoro
con amor y dolor: un linde vago,
de súbito sangriento, ya cetrino...
un buque, un muelle, un joven noctivago,
y el tono de la voz, y el pan marcino...

La maravilla, comba y transparente
de las noches de junio por la hondura
que un huerto viola en ácidos alcores,
y allí la levadura de mis cantos,
hecha de mezquindad y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido,
y oloroso y ritual y enardecido,
el seno como un fruto no oprimido,
un dulzor en los besos diluido,
y un no sé qué, que túrbame el sentido.

Y la esquiva beldad, el mármol yerto
e inmovible, y la infantina huraña
que era el postrer jazmín que daba el huerto...
Me figuro las luces de sus ojos
como dos cirios de un cariño muerto.

Y el arduo afán en el impulso vario
por resolver el canto en melodía.
Derrame un rruiseñor en el himnario
toda la miel del día.
Silencios de armonía.
Un rumor milenario,
y la luz de tu lámpara, ¡oh Sophía!

Húmedos los cabellos –cristalinos caireles
de agua y sol– aún ondulan fantásticas ondinas,
mientras danza en la luz un coro de donceles,
por la playa, al influjo de las sales marinas.

V

Turbaban mi conciencia en el precario
vivir, el ala inquieta, el viento vario,

fantasmas familiares,
misterios presentidos,
amores y cantares de jóvenes floridos,
el vino, el mar, el día en el acuario
y la mutable vocación interna:
sentir, cantar, y en raptos doloridos
“*ser yo*”, “*no ser*”, en sucesión alterna.

Árbol en plenitud, hundió mi alma
su raíz en el légamo de muerte
que nutre las corolas de la vida
y da el perfume infuso en su ramaje.
Ilusorio celaje
pide al éter sutil que lo asume,
y en el raudal fluido de las auras de abril
hace el viaje
y se consume.

¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,
y el amor y el impulso y el anhelo!
No un dios pagano, pero sí su rastro.
No el himno divo, pero sí el suspiro.
No el mármol, mas el plinto de alabastro.
Y una sensualidad de antiguo giro.

VI

Y fui después un numen transitorio,
sombra y canción en la embriagante tierra,

un sino raro y un deleite raro.
Ya el crepúsculo estuvo el día cierra,
y lejos brilla un tembloroso faro.

La dama de cabellos encendidos
fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.
Una inquietud frenética y gozosa
mi paz, mi sueño, mi vigor consume
y un huracán mi plenitud doblega.
Soy esa sombra que cruzó el camino,
en sangre tinta, de lujuria ciega.

Soy esa sombra pávida, cautiva
de un gran misterio en el misterio oculto.
Huella la flor azul pata lasciva
de cabrón negro, y el divino himnario
sella Satán con sellos de su culto.

Mi pena errante con mi vino loco
en el turbión del vicio la sepulto.
Soy huésped de garitos y tabernas,
disputo al *puede ser* un pan ingrato,
y dejo que mi carne, la ruin loba
de lúgubres anhelos arrecida,
se me abandone al logro del deleite,
desnuda en la impudicia de la vida.

Entúrbiase la clara inteligencia,
la idea afluye en nieblas ondulantes,
es el goce monótona frecuencia,

igual en el deliquio y el suspiro...
 ¡Dadme un beso, un contacto y una esencia,
 y una sensualidad de nuevo giro!

VII

Y mi mano sacrílega se tiñe
 de tu sangre. ¡oh Imali, oh vestal mía!
 Mas no fue mi ternura. Fue un furor...
 Si de nuevo, a mis ojos resurrecta,
 te pudiese inmolar, te inmolaría.
 ¿Ya ves, oh Imali, que no fue mi amor?

Gozoso aún, y pávido y tremente,
 huí a la sombra, la cerrada sombra
 que en su mudez acoge las iras y los vértigos.
 ¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!
 ¡Soledad, un refugio en tus entrañas!
 ¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!

Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.
 Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,
 todo estaba sangriento.
 “¡Asesino!”, “¡Asesino!”, susurraba y se iba el viento.
 En los prados del monte fueron crimen mis huellas.
 Como vírgenes desoladas
 me bañaron de llanto las estrellas.
 En las playas de luz mojadas
 di un alarido al ver la mar que hervía,

y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,
me ensangrentó la horrible sangre del alba del día.

“¡Asesino!” “¡Asesino!”,
susurraba y se iba el viento.

Y los pastores me negarían sus cabañas.
Las rocas me aniquilarían en sus entrañas.
La vida es mi enemigo violento
y el amor mi enemigo sanguinario.
¿Y a qué tu sombra, oh noche del lúbrico ardimiento,
si entre mi corazón ardía el tenebrario?

Viajó mi alma en íntimas pasiones
de cristos coronados de congojas.
¡El pudor, el honor entre sayones!
Del vicio en las ocultas floraciones
fui rosa negra entre mil rosas rojas.

Mas el azul a mi dolor heroico
abrió su abismo de fulgencias puras,
soles remotos, nébulas, centellas,
y estuve opreso por la lumbre de ellas
del hilo de oro del collar del día.
Un anhelar de espacio dio sus alas
a mi desconcertada poesía.

En la lluvia de gotas de mi sangre,
tras el velo irisado de mis lágrimas,
vago sueño sus brumas deshacía,
vago sueño –mi vaga Acuarimántima.

VIII

Retorno de tal sueño hacia la playa,
realizado mi afán. La tierra invoca
su ley, que mis empeños desvirtúa.
Oigo el grito del mar que me penetra,
y ansia de paz perenne me extenúa.

¡El mar, el mar, el mar ambiguo y fuerte!
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio
en astillas de mástiles fallidos.
Ráfagas de misterio...
Monstruos desconocidos...

¿No brilla entre la niebla Acuarimántima?
¿No se oye limpia, fúlgida canción
sonar, aletargar el corazón
y pasar?

¡No se oye nada...!

Silencio y bruma, soplos de lo arcano.
La luz mentira, la canción mentira.
Sólo el rumor de un vago viento vano
volando en los velámenes expira.

La noche adviene, de mortuorio emblema.
Retumba en mi recuerdo mi alarido,
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.
El trágico dolor ha concluido.
Yo soy Maín, el héroe del poema...

Florece el cielo en gajos de luceros,
y querubes de vuelos melódicos
revuelan de luceros a luceros.

Y no decir, y no tener palabras
tan llenas de tu goce vespertino
y tu sueño nupcial, ¡oh campesino
que cruzas con tus carros rechinantes!
En tu ilusión un hálito divino
te ha poblado de niños los instantes.

Y ver, desde esta cima de ternura
y valeroso amor, en toda cosa
el enigma, el enigma inviolado.
Arde la pura rosa, sueña la linfa pura,
¡oh carne!, y tú destilas el pecado
y... y...

¡El enigma, por siempre inviolado!

Y por toda verdad, saber ahora
que brilla el mar, que el monte se estremece,
que fulge Sirio en el jardín lejano,
y que al frustrarse el giro de mi vida,
al giro de la suya grana el grano.

La luz mentira. La canción mentira.

Que fui por los instintos inmolado
ante el ara de un dios; que un soplo frío
de lóbrego misterio he suscitado;

que un dolor nuevo está en el plectro mío,
y el canto en el dolor purificado.

Lúgubre viento sopla entre los juncos,
los juncos gimen bajo el viento rudo.

Cantan en el crepúsculo a lo lejos...

IX

Honda, inmóvil, letárgica laguna
que semeja el sepulcro de la luna,
se tiende hasta el ilímite horizonte,
y a la tristeza vespéral se aduna
un viento de ultramar y de ultramonte.

Cantan en el crepúsculo
y un ledo son de esquilas
vuela en el éter trémulo.

Que mi rumor se extinga, blando, tenue,
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,
como vágulo aroma en la memoria,
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Cantan en el crepúsculo... ¡Armonía!

Y que olvide la brega transitoria,
y el no ser más –y el no ser menos nunca–
del hilo de oro del collar del día.

¡Armonía! ¡Armonía!

Y el ancla suelte a místicas regiones,
no humano ya mi desear: divino
mi poseer,
mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro campesino,
y fulgura, real, velada por mis lágrimas,
erigida por mi dolor con los mármoles de mi poesía,
mi nebuléa, azulina Acuarimántima!

¡Armonía! ¡Armonía!

México 1908, 1921, 1933.

Relata Fernando Vallejo en su edición comentada de los Poemas completos de P. B-J: Viajando Barba-Jacob con el periodista Santiago de la Vega y otros amigos por el Estado de Michoacán, donde los pueblos tienen nombres esdrújulos, el tren se detuvo y el empleado ferroviario que gritaba las paradas anunció la próxima estación: ¡Acuarimántima! (Que no existe).

Ante el mar

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse y tuve un calofrío
de vida y muerte.

Yo traje la visión de un agua dilatada,
y en la orilla del mar
vi tan confuso el límite postrero de la tierra,
que tuve un calofrío de vida y muerte.

Y supe que el principio y el fin míos
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos;
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,
y se llenó de espíritu mi arcilla primordial.

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada,
como el hombre que sube entre la noche
a la cumbre más alta.

Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve.
¡Como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!

Publicado también con el título "Espacio... Tiempo".

Nocturno

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo,
en esta noche azul y pura y reverente,
todo lleno de amor y de piedad sagrada
y fuerza suficiente!

Yo lo escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,
y tiene como el mar y el monte puro
su raíz en el tiempo sumergida.

Yo le siento latir y una onda inefable
y cordial y vital me conforta,
y no pienso que soy un barro deleznable,
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana, la desazón soporta
–me está diciendo a voces un amigo interior.
El minuto es florido, sonoro y halagüeño...
y el corazón del campo te dará su vigor
para entrar en el último sueño.

Cancioncilla

La vida es agua de un áureo río,
y afluye al tiempo su onda de oro,
y es el mañana como el navío
en que navega nuestro tesoro.

Lanzas, oh muerte, tu soplo frío,
y paralizas la onda móvil del áureo río,
y en el vacío se hunde el navío
en que navega nuestro tesoro.

¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo tu onda de oro!

*Publicado también como “Canción ligera”,
o con el primer verso por título.*

Viento de la mañana

Viento de la mañana,
viento sonoro, viento de armonía,
inquietud de los árboles,
efluvio de las rosas,
que de la noche vienes y despiertas el día,
cargado aún de espectros, de nieblas vagarosas,
viento alígero y puro,
sabio de las sonrisas de la infancia,
y de las oraciones
en que el nombre de Dios deslíe su fragancia;
inicial y gozoso llamamiento
al sonreír del lago,
al trino de la alondra
y al dulce beso y al materno halago.

Viento que con tus alas
robas la esencia leve
de los pródigos huertos escondidos
en los montes azules que corona la nieve;
fácil y amante sopro
en que yerra el murmurio de lejanos pensiles,
y en que vaga el encanto
de los sueños que ardían
en las puras cabezas infantiles.

Viento de la esperanza,
que el espíritu animas y la acción apresuras,
que tornas el vigor,
que enciendes la confianza,
y que sobre el incendio del amor
–que hace la noche ardiente como llama de estío–
dejas caer tu lluvia de trémulo rocío.

Viento de las campiñas olorosas,
viento sonoro, alígero,
sabio de las sonrisas de la infancia,
efluvio de las rosas,
inquietud de los árboles:
¡mi corazón está lleno de tu fragancia!

“Froylán Turcios dio a conocer este poema después de la muerte de Barba-Jacob en su revista “Ariel”, de San José de Costa Rica (15 de marzo de 1942)”. Fernando Vallejo.

El espejo

¿Mi nombre? Tengo muchos: canción, locura, anhelo.
¿Mi acción? Vi un ave hender la tarde, hender el cielo...
Busqué su huella y sonreí llorando,
y el tiempo fue mis ímpetus domando.

¿La síntesis? No se supo. Un día fecundaré la era
donde me sembrarán. Don nadie. Un hombre. Un loco.
Nada.

Una sombra inquietante y pasajera.
Un odio. Un grito. Nada. Nada.
¡Oh desprecio, oh rencor, oh furia, oh rabia!
La vida está de soles diademada...

*Texto suprimido de su obra por P. B-J. en correcciones
enviadas a J. B. Jaramillo Meza, y publicadas por
éste. Los poetas suelen equivocarse cuando se dedican
a perfeccionar. Que perfeccione el tiempo.*

Segunda canción delirante

*Tralarí lará larí,
tralará larí lará...*

Al amor el alma, vaso de ternuras;
al carmín del día la alondra solar;
luz de estrellas claras a las liras puras,
armonium e incienso al altar...

Y a mi afán extraño, de equívoco anhelo,
a mi ronca y triste desesperación:
¿Un laurel andrógino? ¿La piedad de un velo?
¿O el cáрабо loco de mi corazón?

*Tralarí larí lará,
tralará lará larí...*

Con pavor mi carne ruge sus locuras.
Mi alma en ese rugir va.
De tantos ruidos en noches oscuras
no oigo nada, nada... *Tralarí lará...*
Y me abraso en llamas de lúgubre anhelo,
en una gozosa desesperación...

Mas un día... ¡un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón!

El verbo innumerable

I

Cuando las sombras fluyen bajo la luz eterna
del crepúsculo, y vuelan en argentinos haces
de lo alto de las torres, alígeros, fugaces,
los himnos concertados *ad incensum lucerna*,

oigo, cual si brotaran de lúgubre cisterna,
vocablos inarmónicos, llamamientos vivaces
a que nadie responde, y epítetos procaces
como rojizos lampos de la pasión interna...

Y no comprendo nada. Golpean en mi oído
palabras errabundas –rumores sin sentido
de atropelladas olas en turbida marea.

Y el corazón demanda, desde su cárcel roja,
un inspirado intérprete que el tumulto recoja
y dé a las voces múltiples un ritmo y una idea

II

Después, sobre el pináculo donde el alcor culmina
¡combado, tibio seno de una deidad yacente!
oigo el rumor –persiste, persiste blandamente-
y su virtud recóndita mi espíritu adivina:

Es Medellín, que alzando su clámide latina
y el áureo cetro, embriágase con sangre del poniente,
y entona un son burlesco y un cántico ferviente
mientras le mulle un lecho la sombra y se reclina...

Es Medellín –el fuego y el yunque ante la mano,
las seculares plantas en limo cotidiano,
y los azules ojos clavados en la altura–,

que dice al éter vago, con verbo innumerable,
sus ímpetus confusos, su sueño, su inefable
preñez, y la fatiga de su labor oscura.

Barrio Cerrito del Carmen, Ciudad de Guatemala 1914.
Publicado en diversas ediciones con el título
Nocturno primero de Medellín

Oh viento desmelenado

¡Oh viento desmelenado
que irrumpiste en la arboleda:
ya que nada, si viví,
he fundado ni ha durado,
llévate aun lo que queda:
llévame a mí!

Contenido

Preámbulo fastidioso	<i>7</i>
I	
Selección crítica	<i>19</i>
El árbol viejo	<i>21</i>
Parábola del retorno	<i>23</i>
Virtud interior	<i>25</i>
La estrella de la tarde	<i>27</i>
Canción de la vida profunda	<i>30</i>
Soberbia	<i>32</i>
Sapiencia	<i>33</i>
La vieja canción	<i>34</i>
Elegía de septiembre	<i>36</i>
Lamentación de octubre	<i>38</i>
Canción ligera	<i>40</i>
Canción delirante	<i>41</i>
Los desposados de la muerte	<i>43</i>
Nueva canción de la vida profunda	<i>45</i>
El son del viento	<i>47</i>
Balada de la loca alegría	<i>51</i>
Elegía de Sayula	<i>54</i>
Nuevas estancias	<i>57</i>
Futuro	<i>58</i>
Elegía del marino ilusorio	<i>59</i>
II	
Poemas complementarios	<i>69</i>
Jitanjáfora	<i>71</i>
Lamentación baldía	<i>72</i>
El corazón rebosante	<i>73</i>

Espíritu errante	75
Retrato de un jovencito	76
Acto de agradecimiento	77
El despertar	79
Canción innominada	80
En el comedor de la casa paterna	81
El pensamiento perdido	82
Pecado original	84
Parábola de la estrella	85
Canción del tiempo y el espacio	86
Síntesis	87
Canción en la alegría	88
Hora trágica	89
Canción de la noche diamantina	90
Canción de un azul imposible	92
Canción de la soledad	94
Canción de la hora feliz	96
La infanta de las maravillas	97
Un hombre	100
Acuarimántima	102
Ante el mar	119
Nocturno	120
Cancioncilla	121
Viento de la mañana	122
El espejo	124
Segunda canción delirante	125
El verbo innumerable	126
Oh viento desmelenado	128



Calle 25AA-Sur No 48-100 - Envigado